

DANIEL VIGLIETTI

Canciones en el puño

Invitado a "Chile Crea", cantautor uruguayo renueva certezas y riesgos

POR ROBERTO BRODSKY

□ Para muchos, el nombre de Daniel Viglietti (48, casado, una hija llamada Trilce, como el libro del poeta César Vallejo) es sinónimo de los años 70 en la música popular. Entonces, a principios de la década, su voz clara y potente era escuchada como un eco de la historia latinoamericana, cuando cantaba "el chueco era un uruguayo, de Tacuarembó/de paso dolido, de paso dolido", y llamaba para que "los chuecos se junten bien juntos/bien juntos los pies/y luego caminen/buscando la patria/la patria de todos...".

Pero la historia dirigió sus pasos en sentido inverso, y Viglietti marchó al exilio junto a miles de "chuecos" de Uruguay, Argentina y Chile. Desterrado durante once años, en 1984 regresó a su país, junto con la democracia. A Chile no venía desde principios del 73, así es que cuando le propusieron una visita con motivo del encuentro internacional de "Chile Crea", Viglietti no lo pensó dos veces.

"No es suficiente haber cantado en Chile, o haber sido cantado por chilenos para reencontrarse. No es suficiente amar a Chile para reconocerlo, en una semana de experiencia muy particular además, ya que este evento ocurre sólo entre determinados grupos y no a nivel nacional", dice, seguro de estar "dentro de un espacio de fieles".

• Con o sin enchufe

Creador de una docena de discos, Viglietti acaba de realizar *A dos voces*, junto al escritor Mario Benedetti, un volumen doble donde el trovador continúa la línea que lo llevó a musicalizar poesías de Alberti, Guillén, Vallejo y, últimamente, textos de su compatriota Eduardo Galeano.

"No se trata de ponerle música a un texto, sino de hacer convivir una literatura con una canción", aclara. "Ese contrapunto ha sido muy enriquecedor para romper fronteras entre género y género. La relación de comunicación con el escritor que está diciendo su poesía adquiere un valor específico, en tanto yo estoy sensible a esa literatura con mi canción".

Antes de embarcarse en su proyecto literario-musical con Benedetti, Viglietti tuvo, sin embargo, su "desexilio" propio, ante 30 mil personas, en un estadio de fútbol de Montevideo.

"Jamás imaginamos esas cifras para la



Gabriela Sepúlveda

Daniel Viglietti: "No es suficiente amar a Chile para reconocerlo"

canción en Uruguay", dice al recordar aquel recital del retorno, y del cual editó el disco *Por ellos canto*, grabado en vivo, en 1984.

—La canción de autor y de compromiso, ¿ha retrocedido respecto de otras tendencias como el rock?

—Yo creo que hay canciones de valor y otras que no lo tienen, música buena y otra mala. El aspecto estético y el ideológico van siempre abrazados uno con otro para que el producto no sea falso ni mediocre. Personalmente, apuesto siempre a la creación que se arriesga, que explora, y pienso que en ese terreno hay figuras que se han confirmado, como Chico Buarque, algunas de la trova cubana, y otros que han tenido la coherencia de seguir siendo fieles a sí mismos, como Atahualpa Yupanqui. Además, hay una nueva generación, que irrumpe con nuevas propuestas y búsquedas, a partir de instrumentos acústicos o electrificados.

"A mí me importa poco que la creatividad se enchufe a la corriente eléctrica o no. Lo que hay que ver es el producto que surge, lo que transmite, cómo equilibra emoción, razón, búsqueda y riesgo".

—¿Cuál es la experiencia de Uruguay en ese sentido?

—Allí hay un movimiento que se desarrolló durante los años de la dictadura. En toda esa etapa, la cultura, y la canción como parte de ella, se mantuvo activa a pesar de todos los esfuerzos que se hicieron por aniquilarla. Y apenas un grupo de ocho o diez personas tuvimos que partir al exilio, ya el relevo estaba funcionando. Afortunadamente no como una continuidad de los que se iban, no como una imitación, sino como una obra propia. Eso fue notorio a partir de 1977, con la aparición de Bonaldi, Trochón, Masliah y otros que hoy nos permiten decir que la creación está viva, que se arriesga, que no cae en materiales aseguradores ni en compromisos políticos oportunistas, sino que se juega en ella misma.

Convencido, convincente, Viglietti con-

fiesa que si se pone a pensar en el mundo del cual hablan sus canciones, difícilmente puede llegar a cantarlas.

"Tengo un sentimiento entrañable con todos esos mensajes, porque... ¡caramba!, están cruzados por seres, luchas, pérdidas, encuentros. Son canciones que están marcadas por desgarramientos y por la necesidad de apisonar todo eso, de seguir esperanzado y creyendo".

—Y Viglietti, ¿sigue creyendo?

—No como si fuera un hecho aislado. Yo sigo creyendo junto a la gente y, cuando estoy solo, sigo creyendo en esa certeza que no excluye las dudas, las discusiones, el estar siempre aprendiendo. No es una certeza de hierro.

—Pero antes, lo que distinguía su canto era justamente la certeza del cambio, de la victoria... ¿Qué camino sigue su creación hoy en día?

—Lo primero es que no sé si era la certeza de una victoria. Lo que sí era claro y lo sigue siendo, es la necesidad de transformar al ser humano, y transformarlo también desde adentro. Después de haber cantado a la tierra y a la lucha para que esa tierra vuelva a las manos que la trabajan, después de haber hecho la crónica con sonido de toda esa etapa, pienso que ha habido necesidad de recorrer las tierras interiores.

"Por eso escribí un puñado de temas llamados *Canciones del interior*, y aclaro que no son del campo. Me refiero a ese otro interior donde se gestan los impulsos, los corajes, las dudas, las contradicciones, porque somos humanos y no superhombres de Izquierda. Allí dentro es donde hay que endurecer el cuero, pero sin perder la ternura. Ahí, en esa bisagra, está el punto de creación en estos momentos para mí, porque creo que hay que cantarla, no tenerse miedo. Uno puede alzar el puño y estar confuso, en los laberintos. Entonces hay que vincular esos mundos, oxigenarlos, transformar transformándose. Es mucho más difícil de lo que parece". □